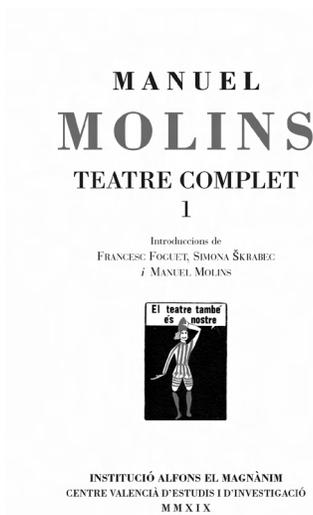


RESEÑA DE *ELISA*, DE MANUEL MOLINS (VALENCIA: INSTITUCIÓ ALFONS EL MANÀNIM, 2019)

Carlos Ferrer



El teatro del valenciano Manuel Molins Casaña (n. 1946) agita conciencias y plasma hipocresías, conjuga tradición y memoria con contemporaneidad, genera inquietudes mediante un sólido discurso desmitificador con un claro componente de denuncia social, pero también aporta una mirada comprometida, alternativa a la oficiosa, que huye de dogmatismos para intentar comprender el mundo más inmediato y que ahonda en las relaciones entre hombre y mujer, en la libertad interior y sus implicaciones socioculturales. Molins, lector de Brecht y del teatro de la crueldad, procede del teatro independiente (Grup 49, 1968), pero sin adscripción a com-

pañía teatral alguna desde hace lustros, lo cual le ha costado un alejamiento de la presencia escénica.

Premio de Honor de las Artes Escénicas de la Generalitat Valenciana 2018, Molins levanta puentes con la actualidad, porque en su teatro hay un desafío crítico al orden presente del mundo y un cuestionamiento de determinados valores sociales tradicionales hasta el punto de que si, su esencia literaria se sitúa en el pasado, su excelencia literaria se proyecta hacia el futuro. El dramaturgo valenciano hilvana cuestiones universales con miserias cotidianas de manera contundente, descarnada y directa, las pone frente al espejo y las disecciona, como también disecciona a sus personajes, sin concesiones, con sus contradicciones y sus matices y su potencia teatral, porque las piezas de Molins suelen estar, como texto literario, predisuestas para su montaje gracias -y no sólo- a su sentido del ritmo y a su conocimiento formal.

De su dilatada trayectoria, podemos destacar las piezas *Dones, dones, dones*, un alegato en favor de la libertad de la mujer protagonizado por Hécuba, reina de Troya, con *Las troyanas* de Eurípides como referencia, en la que Molins establece un diálogo entre el mundo antiguo y el actual y reivindica el valor intemporal de las pasiones; *Poder i santedat (els àngels de Sodoma)*, Premi Pere Capellà 2017 y Premi Serra d'Or 2021, sobre la pederastia, la verdad emocional y la pública y las contradicciones de una iglesia católica corrupta y homofóbica, así como una defensa del amor libre y plural; el sutil juego dialéctico, dividido en tres bloques trenzados, de *Sang i pàtria* (2014) sobre la postura de Martin Heidegger (personificado en Martin Schwarzwald) en relación a la pervivencia del nazismo y a la responsabilidad política e intelectual; y *Focs de vellut* (1974) y la evolución de la sedería valenciana, pero sin espíritu arqueológico, que remarca las reivindicaciones laborales (Molins fue líder sindical en la factoría Ford de Almussafes) y humanas sin olvidar su traslación actual, una mirada desencantada propiciada por la insatisfacción inherente a la condición humana, un cóctel de deseo, ambición, muerte, guerra, vencidos, migrantes.

La Institució Alfons el Magnànim ha editado en tres volúmenes su teatro completo hasta la fecha. En el primer volumen hay dieciséis obras, agrupadas en los ciclos La otra memoria, que recoge elementos de la historia valenciana (seis piezas) y Europa, política y arte; en el segundo tomo, los ciclos Trilogía de exilios, Miradas sobre Shakespeare (4 piezas) y Luces y sombras valencianas (13 piezas); y en el tercero, veintidós piezas entre farsas y metrofarsas (5 obras), piezas infantiles y piezas de encargo.

Elisa (1992) versa sobre Jaime Gil de Biedma, como *Un rèquiem per Maria Callas* (1989) sobre el combate interior y la dualidad castradora de la soprano norteamericana de origen griego, *València, Hollywood, Iturbi* (2012) sobre el pianista valenciano José Iturbi y *Una dona en blanc i negre* (1992) sobre Romy Schneider. *Elisa*, que se encuentra en el primer volumen del teatro completo, supone para el autor la cuarta ocasión en que logra el Premi de la Crítica dels Escriptors Valencians. El teatro de Molins no solo es una exploración de la intemperie, sino una mirada al mundo y esta obra es un paso previo y necesario para una posible ventura que tenemos que descubrir por nuestra cuenta, porque Molins ni busca ni ofrece el punto donde todas las contradicciones se resuelven por mucho que la luz interminable de la inteligencia creadora brille.

La pieza *Elisa* exhibe una expresión matizada, impregnada por esa profundidad de percepción del atisbo luminoso, esa acentuada elegancia, esa bizantina complejidad emocional, esos intensos mesianismos estéticos, puesto que no es una tediosa enumeración de fruslerías psicológicas del protagonista o sociales, no es una dramaturgia de minucias, de experiencias comunes o domésticas, ni una lírica de lo pobre, sino una perturbación de la sensibilidad y de la conciencia, porque Molins se aleja del estereotipo, elude la tentación discursiva y el peligro del cliché.

Un informe médico que cercena el futuro es el punto de partida de una pieza que bascula entre el gozo y el dolor espoleado por la injusticia social y la discriminación. Jaime, el protagonista, “siempre serio y escribiendo poemas realistas”, se refugia entre sus recuerdos tras conocer la fatídica noticia al tiempo que exhibe las fracturas de su interior y plasma una época con su haz y su envés, cuando la burguesa Barcelona era el lugar idóneo para media España donde enraizar los anhelos, como ejemplifican Elisa 1 y el joven “petulante” Ángel 1, tan alejados de la comodidad dineraria de Jaime. No es un retrato literario, sino un retrato humano que no entra en la irrelevante inclinación sexual, sino en la colisión entre estratos sociales, permeables como demuestran Jaime y Ángel 1 a pesar de las tentaciones iniciales.

Una línea temporal disuelta, una casa familiar, un desfalco descubierto, un prestigio arruinado, una madre fallecida sin despedida, la soledad, el margen de una utopía individual. Elisa 2 es la madre de Jaime, ese “niño protegido y mimado” convertido en abogado, el “incomprendido”, el “niño eterno de su madre” en busca de la “pasión tozuda y gloriosa de la vida”, de trazar “la geografía del deseo, mapas secretos, cartografías del instinto y la muerte”.

Un lector avezado identificará los rasgos de Jaime Gil de Biedma, la anécdota de Formentor o las semejanzas de Ángel 2 con Carlos Barral, pero, si no fuera el caso, la pieza, con rasgos de J. B. Priestley y Pirandello, ni se desluce ni desfallece por este motivo. Para Ángel 2, “un poeta, antes de escribir, ha de leer, leer y vivir, vivir sobre todo”, pero Jaime ya no tiene fuerzas para ello, el miedo al dolor, temor sin esperanza, el deseo de calma ahoga la necesidad de grito, la consoladora ginebra anega la fragilidad. Jaime evoca “las personas de mi vida, este juego de espejos y recortes donde pasado y presente, realidad y fantasía, fantasmas que viven y vivos que se pasean como fantasmas se mezclan ahora dentro de mi cabeza”. Gracias a la flaubertiana exactitud de los vocablos, Molins dota al lector de emociones que constituyen una base para la necesaria reflexión en los límites de nuestros sueños.